



LO QUE DEJAMOS

La educación es un acto eminentemente relacional. Esto implica que nos ponemos en juego, de forma más o menos arriesgada, depende de cada quien.

Muchas veces recordamos profes que nos dejaron una huella profunda, un legado en los adentros. Su voz y su prosodia pueden ser evocadas con una facilidad inusitada que no entiende de relojes.

Probablemente nuestro modo de estar en el mundo (que es lo que más educa) esté imbricado en algunas personas que han pasado por nuestras aulas.

Si pensamos de qué está hecho nuestro ser profe, podemos empezar a vislumbrar las caras de nuestro alumnado. Lo compartido. Aquella vez que nos sorprendieron. El día que sucedió la magia. La piel erizada con alguna situación. Los pesares que pesan más que los cuadernos para corregir (la etimología es certera y nada caprichosa), cuando nos los llevamos a casa y se nos hace una bola que se junta con la cena.

Cuando acaba el curso, no puedo evitar hacer un balance de huellas. Mis niños de 6º (todos con “o”) se van al Instituto. Lo que nos hemos dejado mutuamente empieza a habitarnos el cuerpo, para juntarse con los demás vestigios de las otras criaturas que nos tocaron de piel hacia dentro.

La huella que nos deja el alumnado está conformada de vida, de momentos vitales de puro descubrimiento. De confianza y abrazos, a pesar de la pandemia. De relatos, risas y confesiones duras y ásperas. Hay incluso dichos y formas peculiares de nombrar que he incluido en mi vocabulario habitual. Es, en cierta manera, un tributo, una forma de llevar conmigo los caminos transitados al lado y en compañía de mis alumnos y alumnas.

Por todo lo que nos dejan y dejamos, les llamamos “mis” niños/as. Porque ya, en esa relación, hay algo creado que incluye un espacio habitado por tí y por mí (extensible a cada relación pedagógica).

El curriculum oculto está hecho de rastros de relación. De la disposición para estar. De presencia. También de lugares oscuros, pero esos no son un referente para construir una escuela de calidad.

Traer al mundo lo que nos mueve en el aula, explicitarlo y darle realidad es una tarea preciosa. Nombrar lo que permanece en el aire, lo etéreo que, sin embargo, impregna el clima escolar, es dotar de sentido lo que sucede en la escuela.

Mar Celadas